

los Evangelios como hoy podemos hablar nosotros. Recogió en sus prefacios e introducciones todos los datos de la antigüedad sobre los Evangelistas. S. Jerónimo concibió la genial idea de unificar las traducciones latinas que corrían entre los cristianos. Reducirlas todas a una que estuviera plenamente conforme con los mejores y más antiguos códices griegos. Esta fue misión providencial, en la que le ayudó Mecenaz y alentador el gran Pontífice español S. Dámaso.

San Jerónimo, no solamente da por cierto que los autores de los Evangelios son los que nosotros admitimos, sino que recoge los datos todos de sus vidas, los datos más importantes que hoy nosotros poseemos.

San Jerónimo habla en diversas obras de los Evangelistas. Baste aquí lo que dice brevemente sobre los Cuatro en la Introducción o Prólogo al Comentario de S. Mateo.

“El primero de todos es Mateo el publicano, por sobrenombre Levi, quien escribió el Evangelio en Judea y en hebreo, atendiendo, principalmente, a los judíos que habían creído en Jesús...

El segundo es Marcos, intérprete del apóstol Pedro y primer obispo de la Iglesia de Alejandría, el cual no vió personalmente al Señor, pero escribió lo que había oído predicar a su maestro, más conforme a la verdad que al orden de los hechos.

El tercero es Lucas el médico, natural de Antioquía de Siria, discípulo a su vez del apóstol Pablo. Escribió su libro en las partes de Acaya y Beocia, remontándose hasta los orígenes mismos de Cristo, como él dice en el prólogo, y siguiendo más lo que oyó que lo que vió.

El último fué Juan el Apóstol y Evangelista, a quien Jesús amó mucho. Recostado en el pecho del Señor, bebió de la corriente purísima de la verdad. El único que mereció oír desde la cruz: *He ahí a tu Madre.*

Estando en Asia y, cuando ya pululaban las semillas de las herejías de Cerinto, Ebión y los demás que niegan la venida en carne del Cristo y a los que él llama en su carta anticristos y a los que Pablo fustiga frecuentemente, fué obligado por casi todos los obispos que entonces había en Asia y por muchas comisiones de las Iglesias, a escribir más profundamente de la divinidad del Salvador y llegar, por decirlo así, hasta el Verbo de Dios, con más acierto que temeridad... Estos cuatro Evangelios fueron profetizados mucho antes, como prueba el libro de Ezequiel... El rostro de hombre representa a Mateo, que empieza su libro por la generación humana de Cristo... El león representa a Marcos, que da comienzo por la voz como de león que clama en el desierto... El toro representa a Lucas, que empieza su libro por el sacerdote Zacarías... El águila es figura de Juan Evangelista, quien con alas como de águila se remonta veloz hasta el Verbo de Dios”¹⁹.

(19) Prologus in Evang. Mt (PL 26, 18.19).

6. Orígenes (185 ca. 254)

Con Constantino, Eusebio y S. Jerónimo dista más de 200 años del último Evangelista, que es S. Juan, y unos 250 años de los tres restantes, que llaman Sinópticos.

Testigos de la tradición, pero lejanos todavía. En ellos se oye la voz de la Iglesia, de la Comunidad cristiana, pero precisa oirla de labios más antiguos, más cercanos a los hechos, de las fuentes mismas en que se inspiran Eusebio y S. Jerónimo.

Demos, pues, un paso más y entremos en el siglo III.

La primera figura que se nos presenta, es sencillamente colosal, figura de gigante. Orígenes es el polígrafo más grande de toda la iglesia antenicena. Su figura llena toda la primera mitad del siglo III.

Nace probablemente en Alejandría a fines del siglo II (185/186), de padres cristianos. Tiene de maestro a su propio padre, Leónidas, y después a Panteno y Clemente de Alejandría, a quien sucede en la cátedra el 203/204. Su padre le reprendía a menudo muchas de las preguntas indiscretas que le hacía sobre el sentido de la Sagrada Escritura, pero cuando dormía besaba su pecho como habitación del Espíritu Santo. Cuando el 202 murió mártir su padre, la madre tuvo que esconder los vestidos del niño para que no saliera a la calle y se profesara públicamente cristiano. A los 18 años fué ya maestro en la Escuela Catequética.

El 212 hace un viaje a Roma para conocer de cerca aquella antiquísima Iglesia. El 230 tiene que dejar la cátedra de Alejandría y salir de la ciudad, indis-

puesto con el obispo. Se marcha a Palestina, donde abre una escuela en Cesarea. Por las luchas antorigenianas del siglo V y siguientes, se han perdido muchas de sus obras.

Pasma la sola lista de sus obras de carácter bíblico.

EXAPLA: en esta obra monumental, de la que no hubo nunca sino un ejemplar, escribió en 6 columnas el texto *hebreo* con *caracteres hebreos*, el texto *hebreo* con *caracteres griegos*, el texto griego de *Aquila* (140?), el texto griego de *Símmaco* (200?), el texto griego de los *Setenta*; por último el texto griego de *Teodoción* (180). De los Salmos, por ejemplo, se hicieron varias copias. A nosotros no han llegado sino pequeños fragmentos.

ESCOLIOS: breves notas sobre pasajes difíciles o palabras oscuras a varios libros de la Escritura, entre los cuales estaba el Evangelio de S. Juan.

HOMILIAS: razonamientos sacros o sermones sobre diversos pasajes de la Biblia. Sobre S. Mateo, por lo menos, 25; sobre S. Lucas, 39; de los cuales nos queda la traducción de S. Jerónimo.

COMENTARIOS: tomos, volúmenes o libros, son: trabajos de exposición minuciosa en los que trata cuestiones filosófico-teológicas que orienten y den luz a los sabios mismos. Sobre S. Mateo, 25 volúmenes; sobre S. Lucas, 5; sobre S. Juan, por lo menos 32. Tal vez más, pues el volumen 32 termina. con el c. 13, 13 y en el Comentario a S. Mateo hace alusión al comentario que tiene sobre el capítulo 19 de S. Juan²⁰.

(20) Para los datos que damos aquí sobre los diversos autores que citamos se pueden consultar algunas de las Patrologías modernas que ponemos en la bibliografía.

Esta sencilla exposición de las obras bíblicas de Orígenes prueba claramente que conoció los Evangelios. Del único que no se menciona ninguna obra suya es de S. Marcos. No debe extrañar. Los Padres antiguos apenas trataron este Evangelio, no porque no lo conociesen o estimasen, sino porque, dada su brevedad y los pocos versículos que tiene propios ²¹, les pareció suficiente hablar y comentar a S. Mateo y a S. Lucas.

Es indiscutible que Orígenes conoció los cuatro Evangelios y los atribuyó a los mismos autores que nosotros.

Al principio de su comentario a S. Mateo afirma haber sabido por la *tradición* que existían 4 Evangelios, los únicos recibidos sin controversia en toda la Iglesia de Dios. Este texto, el más célebre de todos, nos lo ha conservado Eusebio ²². Pone expresamente el nombre de los 4 Evangelistas: “El primer Evangelio que se escribió fué el de Mateo, en un principio; después apóstol de Jesucristo. Lo publicó en lengua hebrea para los judíos que se habían convertido al cristianismo.

El segundo Evangelio es el de Marcos, que escribió, según la predicación de Pedro... El tercero el de Lucas, recomendado por Pablo y escrito para los gentiles. El último el de Juan.”

(21) Según el cómputo de Reuss que reproduce Rosadini, J. p. 222, S. Marcos no tiene sino 68 versos propios.

(22) HE-VI, 25 - 4-6 (PG 20. 581; J 503).

Al explicar el prólogo de S. Lucas habla de nuestros 4 Evangelistas como los únicos que recibieron la gracia del Espíritu Santo para escribir el evangelio de Jesucristo ²³.

Compara los 4 Evangelistas a las trompetas que derribaron los muros de Jericó. “Jesucristo nuestro Señor en su venida... envía sus sacerdotes apóstoles con trompetas dúctiles, que son la celestial y magnífica doctrina de la predicación. El primero que lace oír su trompeta sacerdotal es Mateo, en su Evangelio; Marcos también, Lucas y Juan tocaron cada uno su trompeta sacerdotal” ²⁴.

El testimonio de Orígenes en favor de los Evangelios reviste una triple forma.

Según algunos cómputos, tiene 9.231 *citas* de los Evangelios, precedidas muchas veces con los nombres expresos de los Evangelistas ²⁵.

Trata expresamente del *origen* de los 4 Evangelios varias veces, afirmando expresamente que se deben a dos apóstoles, Mateo y Juan, y a dos discípulos de los apóstoles, Marcos y Lucas ²⁶.

Los Evangelios son *Escritura sagrada*, de igual autoridad divina que los libros del Antiguo Testamento.

(23) In Lc. hom. I (PG 13, 1802 s; J 474).

(24) In Iesu Nave hom. 7, I (PG 12, 857; J 538).

(25) La edición crítica del Corpus Berolinense (CB) trae un índice de citas bíblicas al fin de cada uno de los volúmenes. Cfr sobre todo el vol. IV, p. 596 s. Cita expresamente a los Cuatro Evangelistas en el Comentario a S. Juan VI, 31 (PG 14, 287).

(26) En el coment. a S. Mat. escrito después del año 244, Euseb. HE VI, 25 (J 503). Asimismo in Lc hom I (J 474). Por último en el lugar antes citado de la hom. 7 sobre Josué (J 538).

Por esto Orígenes los comenta y explica, como verdadera palabra de Dios, de origen apostólico.

El testimonio, por tanto, de Orígenes, que abarca toda la primera parte del siglo III, nos revela cuál fué el sentir de la Iglesia en aquel tiempo y también en el siglo II, pues Orígenes siempre apela al consentimiento unánime de las Iglesias y de la tradición que había recibido.

Orígenes no es una voz aislada en la primera parte del siglo III.

Hacen coro con él *Ammonio*, contemporáneo suyo, y autor de una *Sinópsis* de los cuatro Evangelios Canónicos, con base S. Mateo²⁷ y S. Cipriano, nacido en Cartago hacia el 200 y muerto el 258. En su obra “*Testimoniorum libri III ad Quirinum*” nos ha dejado un verdadero florilegio de textos bíblicos de ambos Testamentos. Con mucha frecuencia cita frases de los Evangelios precedidas de la fórmula clásica: “Evangelio según S. Mateo, según Marcos, según Lucas, según Juan”²⁸.

S. *Hipólito Romano*, primer antipapa, muere en el destierro reconciliado con el legítimo sucesor de Pedro, S. Ponciano, el 235. Escribió en griego y puede compararse en fecundidad con Orígenes. Sus admiradores le erigieron una estatua de mármol, muy probablemente en el mismo sitio donde reposó su cuerpo

(27) Cfr Th. Zahn, *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, 1920, 1ss.

(28) Sec. *Mt* sale en el libro I tres veces, en el II, cuatro, en el III veintiseis. Sec. *Mc*, sólo tres veces en el lib. III; sec. *Lc.*, tres veces en el II y diez y seis en el III; sec. *Jn.*, cuatro en el I, diez en el II y diez y ocho en el III.

en la Vía Tiburtina. Descubierta el 1551, se guarda hoy en el Museo de Letrán.

En los lados y respaldo del sillón episcopal, donde se asienta el mártir obispo, están grabadas las tablas del cómputo pascual y una lista, no completa, de sus obras²⁹.

Entre las obras allí mencionadas está una “sobre el Evangelio de Juan y el Apocalipsis”. Por los fragmentos que de ella han llegado hasta nosotros sabemos que en ella se propuso Hipólito defender la autenticidad de los escritos de S. Juan contra el presbítero romano Gayo.

Los nombres de nuestros cuatro Evangelistas preceden con mucha frecuencia a las numerosas citas que llenan las obras de S. Hipólito.

En el comentario sobre Ezequiel y el Cantar de los Cantares, aplica a S. Lucas el toro, a S. Mateo el león, el águila a S. Juan y el hombre a S. Marcos³⁰.

(29) Cfr Cabrol-Leclercq, *Diction, d'Archéol, chrét.* VI, 1419-2435.

(30) El texto que se refiere a los cuatro Evangelistas en Ezequiel está en alemán traducido del siriaco en CB I, 2.^a pars, p. 183. El texto sobre el Cantar de los Cantares en *Texte und Untersuchungen*, 23 fasc. 2 c, pag. 42 s. Fué publicado por Bonwetsch sobre la base de una traducción georgiana. La mayor parte de las obras de Hipólito se han perdido y lo que conservamos nos hallegado generalmente por traducciones de las Iglesias orientales, siriacas, árabes, etiópicas, armenas, georgianas y eslavas. La Iglesia Romana cubrió con un velo su memoria, siempre triste por haber sido el primer antipapa.

CB I, parte 2.^a, p. 197-227, reproduce en alemán fragmentos del Comentario al Evangelio de S. Mateo y S. Juan, conservados también en diversas lenguas orientales.

7. Clemente de Alejandría (ca. 140-214)

Todos los autores conceden que murió antes del 214. Eruditísimo en sus obras, donde figuran en las citas los nombres de casi todos los autores que le precedieron.

Tito Flavio Clemente nació probablemente en Atenas de padres gentiles. Conoció la religión y filosofía de su tiempo en Grecia, Palestina, Egipto. Ya cristiano recorrió el mundo civilizado en busca de las tradiciones cristianas, sobre todo por Italia, Siria y Palestina. Después alzó cátedra de filosofía cristiana en Alejandría, emporio del saber helénico. A la muerte de su maestro Panteno, se quedó al frente de la famosa escuela catequética de aquella ciudad. Desde el año 180 hasta su muerte enseñó allí como maestro.

A diferencia de sus predecesores, se creyó obligado a no ceñirse a la enseñanza oral. Debía ser maestro y escritor. Su propósito constante fué dar base científica a la doctrina cristiana, penetrarla filosóficamente y armonizarla con la ciencia sabia de su época.

Su grande introducción al cristianismo, a la que consagró casi toda su vida, abarca tres libros: el *Protréptico* o exhortación a los griegos, el *Pedagogo*, que mira a educar en la vida cristiana al lector ya alejado del paganismo, y los *Stromata*, tapices o cuadros, comentarios científicos sobre la verdadera filosofía, como rezaba su primitivo título. En este último libro es donde se propone de una manera especial la exposición científica de la Revelación cristiana.

En este último libro ³¹ tiene una frase, *como de paso*, muy interesante para nuestro estudio. Contra un tal hereje, por nombre Casiano, que se apoyaba en unas palabras falsamente atribuídas a Cristo, dice Clemente: “En los cuatro Evangelios que nosotros *hemos recibido* no tenemos esa sentencia.”

Cuáles fuesen estos cuatro Evangelios recibidos lo declara abiertamente en otro libro suyo “*Hipotiposis*” (bocetos o bosquejos) que es un comentario a la Sagrada Escritura. En los fragmentos que nos ha conservado Eusebio ³², nos cuenta el origen de los cuatro Evangelios y el orden con que se escribieron.

Los primeros que se escribieron son los tres Sinópticos; después el de S. Juan. Sobre el origen del Evangelio de S. Marcos dice: “Esta fué la ocasión con que se escribió el Evangelio de Marcos: Despues que Pedro había predicado y promulgado el Evangelio en Roma por inspiración del Espíritu Santo, muchos de los que allí estaban animaron a Marcos para que él, que había sido compañero de Pedro por largo tiempo y recordaba sus palabras de memoria, pusiese por escrito la predicación del Apóstol. Marcos accedió a sus deseos y les entregó el Evangelio escrito a los que se lo habían pedido...

Juan fué el último de todos. Viendo que los otros tres se habían fijado sobre todo en la parte humana y externa de la vida de Jesús, inspirado por el Espíritu

(31) Strom. 3, 13, 93 (PG 8, 1193).

(32) HE 6, 14, 5-7 (PG 20, 552; K 434).

Santo y movido por los ruegos de sus familiares, escribió su Evangelio de carácter espiritual.”

A los críticos acatólicos que atribuyen la composición del IV Evangelio a un segundo Juan, no apóstol, les dice expresamente Clemente que el autor del cuarto Evangelio fué Juan el Apóstol ³³.

8. Tertuliano (160-ca. 240)

Tertuliano fué contemporáneo de Clemente, aunque algo posterior.

Nace en Cartago hacia el 160 y se convierte al cristianismo hacia el 196/6. Su padre era un centurión que militaba a las órdenes del Procónsul de Africa. Por lo que nos dice Eusebio ³⁴ estudió la carrera de derecho y se hizo abogado. S. Jerónimo ³⁵ afirma que llegó a una edad bastante avanzada. Es el más fecundo y original de los latinos. Su vida era luchar. Una vez se le escapó del profundo del alma este lamento: ¡Desgraciado de mí! me abrasso constantemente en el fuego de la impaciencia ³⁶. Sus obras son todas de polémica.

Sus testimonios en favor de la genuinidad de los Evangelios son célebres y decisivos por su amor a la tradición.

(33) Strom. 5, 13, 81 (PG 9, 121).

(34) HE II, 2, 4 (PG 20, 139).

(35) De vir. ill, 53 (PL 23, 698).

(36) De pat. I (PL I, 1361).

La autoridad de los Evangelios dice que está garantizada por las Iglesias que fundaron los Apóstoles y que nos los han transmitido. Entre los Evangelistas hay dos apóstoles, Juan y Mateo; y dos apostólicos que son Lucas y Marcos ³⁷.

El valor y autoridad de los Evangelios estriba precisamente en la tradición de todas las Iglesias fundadas por los Apóstoles; en el consentimiento universal de la Iglesia. Las Iglesias todas testimonian en favor del Evangelio de Juan y de Mateo y el de Marcos que se llama de Pedro. El de Lucas se atribuye a Pablo ³⁸.

El testimonio de Tertuliano tiene una importancia capital, porque, como se puede ver por los lugares que hemos citado, funda su testimonio en la tradición universal de las Iglesias todas, en lo recibido de los mayores, de los Apóstoles mismos. La obra inmortal de Tertuliano es la conocida con el nombre de *Praescriptione haereticorum*. Está consagrada a la defensa de la doctrina católica en general y a la impugnación de la herejía. Por prescripción entiende Tertuliano la recusación que hace el acusado apoyado en la posesión. Como abogado usa términos propios y técnicos. Jesucristo confió su doctrina a los Apóstoles; de aquí se sigue que sólo las Iglesias fundadas por los mismos tienen derecho a testificar acerca de la doctrina verdadera de Cristo. De ninguna manera las Iglesias que han fundado los herejes. “*Los herejes hacen*

(37) Adv. Marc. 4, 2 (PL 2, 363; J 339).

(38) Ib. 4, 5 (PL 2, 366 s.; J 341).

sus Iglesias, como las avispa panales”, “*apóstatas más que apostólicas*”³⁹.

La razón, pues, única, por la cual Tertuliano admite los Evangelios como obras auténticas, apostólicas, es la tradición, el haberlo así oído y recibido como doctrina que arrancaba de la época apostólica.

Notemos bien esto. Tertuliano que había nacido unos 60 años después de la muerte de S. Juan, afirma que la genuinidad de los Evangelios viene de los Apóstoles mismos, que todas las Iglesias apostólicas lo creen y afirman así. Y que sólo los cuatro Evangelios canónicos tienen este carácter y sello; los demás, no.

Si nuestros Evangelios hubieran nacido en ese intermedio que separa a Tertuliano de la época apostólica, sin padre ni madre, mediante sorda incubación, como un día afirmó la Crítica racionalista, este gran talento, tan enamorado e investigador de la palabra y doctrina de los Apóstoles, hubiera muy bien averiguado la verdad –estaba en condiciones para ello– y ciertamente nunca nos hubiera asegurado tan categóricamente que nuestros Evangelios provenían de los Apóstoles. Y en tan poco espacio no se hubiera formado un acuerdo tan unánime y universal, en todas las Iglesias, sobre el origen de los Evangelios.

Hemos examinado el testimonio de tres autores, Orígenes, Clemente de Alejandría y Tertuliano, que pertenecen al siglo III, pero que tocan también con el siglo II. Todos tres hombres de ciencia y de crítica, investigadores, sinceros en la exposición de los resul-

(39) Adv. Marc. 4, 5 (PL 2, 396).

tados adquiridos. Sin proponerse demostrar que los Evangelios tienen por autores dos apóstoles y dos apóstólicos, nos hablan de ello como de una verdad que está en el ambiente, que todos admiten y presuponen por cierta, que nadie combate ni duda en la primera mitad del siglo III. Todavía más: como una verdad que mana del siglo II, que viene de la tradición. Y no solamente dan por supuesto que los autores de los Evangelios son los que nosotros creemos, sino que precisamente porque son obras apostólicas y, sólo por esto, se puede y se debe basar en ellas la fe, el dogma y la moral cristiana. Son la fuente cristiana. El instrumento para combatir las herejías que son todas innovaciones de la tradición. Consagran gran parte de su vida o toda, como Orígenes, al estudio del texto sagrado, a conocerlo y a darlo a conocer. Y, cuando escriben sobre temas distintos, tienen tan en el alma el texto de los Evangelios, que llenan las páginas de sus obras de citas y alusiones al texto sagrado.

Por esto se han podido escribir modernamente obras como la de *Hautsch* con solas las citaciones que hay en las obras de Orígenes sobre los cuatro Evangelios⁴⁰ *Rönsch* publicó en 1871 otra parecida sobre Tertuliano⁴¹.

Preguntar ahora a los autores del siglo II, si conocen nuestros cuatro Evangelios y si los tienen como

(40) E. Hautsch, die Evangelienzitate des Origenes (Texte und Untersuchungen zur Geschichte der altchristlichen Literatur, 34, 2.^a, Leipzig, 1909).

(41) Das Neue Testament Tertullians, Leipzig, 1871.

obras de apóstoles es cosa superflua. Nos han dado ya la respuesta los escritores del siglo III, al decirnos que su doctrina derivaba de los antepasados, de la tradición anterior a ellos.

Con todo, para adquirir un conocimiento experimental, debido a la investigación propia, nos vamos ahora a internar en el siglo II y a preguntar a sus autores cuál es el origen de los Evangelios.

LECCIÓN III

La genuinidad de los Evangelios en los documentos del siglo II

1. El fragmento de Murator

El sabio y erudito Muratori ha pasado a la historia literaria de los Evangelios por un descubrimiento feliz, de consecuencias imprevistas. Registrando en Milán la biblioteca Ambrosiana dió con un viejo manuscrito en latín, casi comido de gusanos, con grandes letras unciales del siglo VII. Tan cuajado de faltas, que Muratori lo publicó tan sólo a título de curiosidad. Así se vería hasta dónde había llegado la ineptitud y descuido de los copistas de la Edad Media. Después se encontraron cuatro pequeños fragmentos en Montecasino, en mss.. de los siglos XI y XII.

El manuscrito de Muratori estaba plagado de faltas de ortografía latina, que en muchos casos dificultaban seriamente la lectura y reconstrucción del sentido.

El siglo XVIII –corría el año 1740– se contentó con reirse del manuscrito y del copista. No vió más importancia en el hallazgo ¹.

(1) *Muratori* publicó el manuscrito el 1740 en las *Antiquitates Italiae Medii aevi*. Vol. III, p. 851 854. Lagrange, p. 68, cree que la traducción latina data del siglo VIII. El texto griego original no es posterior a los principios del s. III.

En el siglo XIX el manuscrito de Muratori encontró la estima que se merecía en un Wieseler, un Herz, Credner, Bunsen y otros que en aquel latín extraño y descuidado vieron un texto griego malamente traducido y que se remontaba a la más alta antigüedad.

Todos los críticos se pusieron luego de acuerdo. Resultaba que el fragmento de Muratori era una sencilla traducción hecha en el siglo VII/VIII de un texto griego escrito a lo más tarde a fines del siglo II. Y era, según Harnack, el catálogo oficial de los libros recibidos por la Iglesia de Roma durante todo el siglo II. Hoy se duda del carácter oficial del escrito. Se le considera más bien como obra de un particular.

El autor del texto griego no es cierto. Se ha escrito mucho sobre esta materia ². Modernamente el P. Lagrange sostiene que el autor es Hipólito Romano. Esta es la opinión también de *Lightfoot*, *Th. Robin*, *Th. Zahn*, *N. Bonwetsch* y *Altaner* ³.

Desde luego, por el examen interno de la obra, se ve que el autor fué contemporáneo de S. Pío I, Papa (141-155) ⁴.

El texto latino puede verse en J 268, que lo ha tomado de *Lietzmann* (KIC) y *Rauschen* (Florilegium patristicum, fasc. 3. Bonnael, 1905).

(2) Sobre la historia del fragmento, artículos yu opiniones cfr. *Höpf*, Introd. I (1931) p. 83 s. 83 s.; *Gut* (1940) p. 182.

(3) RB 42 (1933) 161-186; *Hist. Anc. du C. du N.T.* p. 78-84; *Altaner*, *Patr.* p. 91.

(4) *Pastorem vero nuperrime temporibus nostris in Urbe Roma* *Hermas conscripsit, sedente cathedra Urbis Romae Ecclesiae Pio* *Episcopo fratre.*

El segundo Papa de este nombre es un Piccolomini (1458-1464).

¿Qué sacamos de este documento en favor de la genuinidad de nuestros cuatro Evangelios?

Que su autor, de pleno siglo II, afirma categóricamente que en toda la Iglesia de Roma se daba como un hecho inconcusso que Lucas y Juan eran autores de dos Evangelios, escritos por inspiración directa del Espíritu Santo y reconocidos por tales por la Iglesia. S. Lucas fué compañero de najas de S. Pablo. El no conoció al Señor en su vida mortal. Después de la Ascensión escribió su Evangelio, empezando por la Natividad de Juan Bautista.

El Evangelio de Lucas es el tercer Evangelio.

El cuarto Evangelio es de Juan, uno de los discípulos del Señor, testigo de vista y oídas de cuanto escribe⁵.

De S. Mateo y S. Marcos no dice nada el fragmento. Pero hoy ningún autor duda de que al principio hablaba de los dos. El texto del Códice Ambrosiano está incompleto. Faltan ciertamente al principio varias líneas, donde hablaba de los dos primeros Evangelios. Hay una línea que no se aplica a S. Lucas. Empieza hablando de S. Lucas como autor del *tercer Evangelio*. De S. Juan, como autor del *cuarto Evangelio*. Entre los Evangelistas hay otro, como Lucas, que no conoció personalmente al Salvador.

Resulta, pues, que en el siglo II había ya en la Iglesia cuatro Evangelios, los mismos que hoy tenemos, que se leían y ponían en el mismo orden. Se les creía inspirados. La armonía y concordia que reina en

(5) Cfr. Höpfl-Gut, p. 527-268.

los cuatro Evangelios la explica el autor del Canon de Muratori, porque es un *mismo Espíritu* el que habla en todos cuatro.

Con el autor del fragmento de Muratori se puede afirmar que no distamos de la muerte del último apóstol sino unos 50 años. ¿Podemos continuar bajando por esta cadena de la tradición hasta llegar a los Apóstoles y al origen mismo de los Evangelios? Si los Evangelios hubieran nacido en el siglo II, como sostuvieron los Racionalistas del siglo pasado, no se debiera hallar más huella suya, ni testimonios ni citas. Continuemos internándonos en las oscuridades más remotas del siglo II hasta entrar en el siglo I.

2. S. Ireneo, Obispo de Lyon

Nace en el Asia Menor, hacia el 130; probablemente en Esmirna. Siendo joven, frecuentaba las instrucciones de S. Policarpo, el anciano obispo de Esmirna y discípulo inmediato de S. Juan Evangelista⁶.

Trató con intimidad a otros diversos presbíteros, discípulos también inmediatos de S. Juan Apóstol⁷.

Cuando murió S. Policarpo, el 155, estaba S. Ireneo en Roma. En tiempo de la persecución de

(6) Así lo asegura el mismo *Ireneo* varias veces en sus escritos. Adv. haer. 3, 3, 4 (Publicada en castellano por Apostolado Mariano); Epist. ad Florinum (Fragmento en Euseb. HE 5, 20, 4-8; PG 20, 485; J 264).

(7) Adv. haer. 5, 33 3 (PG 7, 1213; J 261); 2, 22, 5 (PG 7, 785); 4, 32, 1 (PG 7, 1070) y así con frecuencia.

Marco Aurelio (161-178) era presbítero de la Iglesia de Lyon.

Hacia el 177 vino a Roma con un mensaje de su Iglesia para el Papa y una carta de recomendación, en la que lo alababan como celador del Testamento de Cristo ⁸. A su vuelta a Francia fué nombrado obispo de Lyon.

Murió probablemente mártir a fines del siglo II, o muy al principio del III, en la persecución de Septimio Severo.

¿Cómo habla este personaje antiguo y autorizado, celoso defensor del Testamento de Cristo, sobre nuestros Evangelios? ¿Los halló como obras apostólicas y de remota antiguedad? Un autor del siglo II, sí los encuentra como obras de remota antigüedad, ¿en qué fecha nos obligará a colocar la composición de los Evangelios?

La obra principal de Ireneo es la conocida con el título de “*Adversus haereses*”. Su título original fué: “*Demostación refutación de la falsa Gnosis*”. Por desgracia, no nos ha llegado el texto griego original completo.

Sólo poseemos una traducción latina que debió hacerse muy pronto y con concienzuda fidelidad literal, como prueban los pocos fragmentos griegos que nos han llegado por las citas de Hipólito, Eusebio y Epifanio. Actualmente tenemos una traducción castellana en el Apostolado Mariano.

Ireneo era un espíritu aquilatador, crítico, como diríamos hoy, de toda doctrina y verdad. Su norma es

(8) *Euseb. HE 5, 4, 2 (PG 20, 439).*

invariable. Tiene un metro y nada más que uno para medir la verdad de los dogmas y de la moral cristiana: la tradición, lo recibido de los mayores. Doctrinas nuevas, que no se encuentran en los antecesores, en las Iglesias antiguas, son doctrinas que no vienen de la fuente, aguas turbias, herejías.

Tertuliano lo llama “*omnium doctrinarum curiosissimas explorator*”⁹.

Conoció por experiencia la Iglesia de Roma, donde estuvo varias veces, la de Francia y la de Oriente, donde se educó.

Habla de nuestros cuatro Evangelios y de sus autores, como de cosa conocida y admitida por todos.

Tiene textos y citas, muchas veces a la letra, de casi todos los capítulos de los cuatro Evangelios¹⁰.

El testimonio de Ireneo es apodíctico no sólo en favor de los tres primeros Evangelios, sino sobre todo en favor del cuarto Evangelio, como obra de S. Juan Apóstol.

El testimonio más célebre de S. Ireneo sobre los cuatro Evangelios dice así: “Mateo escribió su Evangelio en hebreo, la lengua de los judíos, mientras Pe-

(9) *Adv. Valentini* 5 (PL 2, 548) Cfr. el mismo *Ireneo* *Adv. haer.* 3, 4, 1 (PG 7, 855; J 213).

(10) *W. Sanday-C. H. Turner-A. Souter, Novum Testamentum S. Iraenei episcopi Lugdunensis* (Old-latin biblical texts 7-Oxford, 1923). *J. Hoh, Die Lehre des hl. Irenaeus über das N. T. (Neutest. Abhandlungen)* 7, 4-5, 1919, p. 117-130.

B. Kraft, Die Evangelienzitate des hl. Irenaeus (Biblische Studien) 21, 4 (1924).

A. Merk, Der Text. des N. T. beim hl. Irenaeus, Zeitschrif. für katholische Theologie 40 (1925) 302-315.

dro y Pablo fundaron y evangelizaron la Iglesia de Roma. Después de la salida de éstos, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, puso por escrito la predicación de Pedro. Lucas, a su vez, seguidor de Pablo, redactó su Evangelio conforme a la predicación de Pablo. Después escribió Juan, discípulo del Señor, que había descansado sobre su pecho. Escribió viviendo en Efeso de Asia”¹¹.

“Es tal la certidumbre de nuestros Evangelios, dice en otro capítulo de la misma obra¹², que los herejes mismos dan testimonio de ellos y se sirven de su autoridad para confirmar sus doctrinas. Los Ebionitas, que solamente se sirven del Evangelio de Mateo, pueden ser convencidos por este mismo Evangelio de que profesan erróneos sentimientos acerca de N. Señor.

Marción, que suprime algunas cosas del Evangelio según Lucas, puede ser refutado por los pasajes mismos que conservó.

Aquellos que distinguen a Jesús del Cristo podrían corregirse, si leyesen con amor a la verdad el Evangelio de Marcos que ellos admiten.

Los discípulos de Valentín admiten el Evangelio de Juan en toda su integridad. Es, pues, fácil demostrarles

(11) *Adv haer. 3, 1 I PG 7, 844; J 208*). Este testimonio en lo que se refiere al hecho fundamental de la autenticidad de los 4 Evangelios es concluyente e indubitable. En algunas afirmaciones de carácter secundario ha sido objeto de largos estudios y variadas teorías. Recientemente lo ha estudiado profundamente *E. Levesque*, *Rev. Apol.* 56 (1933) 140-144. Comparte su opinión *Pirot* en el *DB[S]*, *Evangiles et C. Biblique*. *Fasc. XI*, col 1241. Recientemente, *J. Ramos* adopta una nueva interpretación razonable, p. 41.

(12) *Adv. haer. 3, 11, 7 (PG 7, 884 s. K 127)*.

que andan equivocados. Ahora bien, puesto que aque-
llos que nos contradicen prestan atención a los Evangelios y se sirven de ellos, la prueba que contra ellos sacamos de los libros santos es segura e invencible.”

Este testimonio es digno de especial consideración. Revela plenamente que los cuatro Evangelios canónicos en tiempo de Ireneo formaban un todo y estaban en pacífica y segura posesión de su origen apostólico.

No trata Ireneo de demostrar la genuinidad y autoridad de los Evangelios, sino, supuesta esta verdad y admitida por los herejes, alude a ella para robustecer sus pruebas contra las herejías.

La unidad de cuerpo único y sagrado que formaban los Evangelios en tiempo de Ireneo la expresa el Obispo de Lyon con términos y comparaciones que no se pueden omitir.

Los cuatro Evangelios son un único Evangelio: *Cuadriforme Evangelio*. Es más, se esfuerza por probar que los Evangelios no pueden ser sino cuatro¹³.

Cada Evangelista tiene su símbolo en la visión de Ezequiel. El león representa a Juan; el toro, a Lucas; el hombre, a Mateo; el águila, a Marcos.

En esto se separa de la aplicación de S. Ambrosio y S. Jerónimo que es la que después se hizo común y ha llegado hasta nosotros: el hombre representa a S. Mateo; el león, a S. Marcos; el toro, a S. Lucas, y el águila, a S. Juan¹⁴.

(13) Ib. 3, 11, 8 (PG 7, 885; J 215).

(14) Ez. 1, 5-14; Iraen. Adv. haer. 3, 11, 8 (PG 7, 886-886; K129-133). S. Jerónimo (PL 25, 21; 26, 19), S. Ambrosio (PL 15, 1532).

El argumento de Ireneo es decisivo. Con su testimonio llegamos hasta la mitad del siglo II y por él a S. Policarpo, a los presbíteros discípulos de San Juan. En suma: nos ponemos en el fin del siglo I.

Si nuestros Evangelios no dimanassen del siglo I, no serían obras antiguas para S. Ireneo, no serían obras universalmente admitidas en todas las Iglesias, obras disputadas por herejes y católicos, obras de cuya apostolicidad nadie duda en la segunda mitad de siglo II.

3. Teófilo de Antioquía

De los libros de *Autólico*, obra del mismo Teófilo ¹⁵, resulta que se convirtió del paganismo al cristianismo en la edad viril, que vivía no lejos del Eufrates y del Tigris, donde probablemente había nacido, y que se había educado en la cultura griega, con algún conocimiento del hebreo ¹⁶.

El libro a *Autólico* lo terminó poco después de la muerte de Marco Aurelio (17 de marzo de 180) ¹⁷.

Fué el sexto obispo de Antioquía, después de San Pedro ¹⁸.

Es, por tanto, hombre de prestigio, de ciencia y de santidad. Su actividad como escritor y pastor se desarrolla en la segunda mitad del siglo II.

(15) *Euseb.* HE IV, 24 (PG 6).

(16) *Ad Aut.* 1, 14; 2, 12, 24; 3, 19 (PG 6, 1046, 1071, 1099, 1146).

(17) *Ib.* 3, 27 s. (PG 1164).

(18) *Euseb.* HE 4, 20, 24 (PG 20, 377. 389).

¿Conoció los Evangelios como obras apostólicas?

Indudablemente. S. Jerónimo nos habla de un comentario a la armonía o concordia de los cuatro Evangelios ¹⁹.

En los tres libros a *Autolico* alega varias veces a S. Mateo y cita a S. Lucas ²⁰.

Pero lo más saliente y característico de Teófilo; lo que tiene una importancia trascendental en la literatura del IV Evangelio, es que es el primero que nombra expresamente a S. Juan Apóstol, como escritor, y lo pone entre los autores que escribieron escrituras sagradas, inspirado por el Espíritu Santo ²¹.

4. Taciano Sirio

Taciano fué discípulo de S. Justino ²² y, por tanto, pertenece plenamente al siglo II. Había viajado mucho y adquirido fama de escritor y de filósofo, cuando en Roma, poco antes de 165, se convirtió al cristianismo y allí mismo se dedicó a enseñar ²³.

Más tarde, hacia el 172, se separó de la Iglesia católica.

(19) Ep. 121 ad Algas. 6 (PL 22, 1020).

(20) Ad Aut. 3, 13 (PG 9, 1140) cita Mt. 5, 28, 32; 2 13 (PG 6, 1072) se refiere a Lc. 18, 27, 3, 12 (PG 6, 1137). Equipara los Evangelistas a los profetas.

(21) Ad Aut. 2, 22 (PG 6, 1088; J 182). Sobre el Canon del N. T. en Teófilo cfr. E. A. Aguado, S. Teófilo de Antioquía y el Canon del N. T., Est. Bibl. 3 (1932) 176-191; 281-289; 4 (1933) 3-11.

(22) Iraen. Adv. haer 1, 28 1 (PG 7, 690; K 122).

(23) Euseb. HE 5, 13, 1, 8, (PG 20, 460 s.)

De las obras de Taciano nos queda su *Apología del Cristianismo* que es una crítica del Helenismo titulada “*Oratio ad Graecos*” La escribió poco después de hacerse cristiano para justificar su conversión..

En esta obra, que no es la principal de Taciano, claramente muestra su conocimiento y veneración por los Evangelios. Hay en ella alusiones claras a los Evangelios de Mt., Lc. y Jn. La frase del prólogo de S. Juan: *La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron*, se encuentra entera en el capítulo XIII²⁴.

La obra más famosa de Taciano es su *Concordia o Diatessaron*. Era una armonía de los cuatro Evangelios o historia de la vida del Señor. Toma por base *cronológica* el Evangelio de S. Juan, cuyos primeros versículos forman como la introducción²⁵.

Compuso, Taciano esta armonía –que los Sirios llaman Evangelio compuesto– en el postre período de su vida, ya fuera del Catolicismo.

Según Lagrange²⁶, hizo primero la Concordia en griego y después la tradujo y publicó en siriaco. Según Zahn²⁷ se sirvió para la Concordia directamente del texto siriaco.

(24) PG 7, 833/34. 39-40. 49/50. (Habla mucho del Verbo) 867/868 (para S. Mt.)

(25) Cfr. *Maher, Recent evidence for the authenticity of the Gospels, Tatians Diatessaron*, Londres, 1893.

Euseb. HE 4, 29, 6 (PG 20, 40); *Teodoreto Cirenese, Haercescarum fabularum copendium, 1, 20* (PG 83, 372; J 1252).

(26) *RB 29* (1920) 326.

(27) *Forschungen zur Gesch. des ntl. Kanons, I Tatians Diatessaron*, Erlangen, 1881, p. 220 ss. Erlangen 1883, p. 286 ss.

Lo que hoy dan todos como cierto es que para su Concordia no usó sino los cuatro Evangelios canónicos, que ya entonces formaban un todo, un cuerpo único y aislado ²⁸.

El texto original de Taciano no se conserva. Hoy nos es posible reconstruirlo con los fragmentos conservados en las obras de S. Efrén, en la traducción armenia, en latín y en árabe. De hecho lo ha reconstruido T. Zahn ²⁹.

Taciano no nombra expresamente nuestros cuatro Evangelistas, pero hoy nadie duda que los conoció. Su texto coincide exactamente con el de los Evangelios canónicos, aunque haya introducido de vez en cuando algunas modificaciones de carácter herético.

5. S. Justino el Filósofo

San Justino, que desde Tertuliano viene llamándose filósofo y mártir, nació en el territorio de Samaria, en la actual Naplusa, en el primer decenio del siglo II. En la *primera Apología* que escribió entre el 150/155 nos dice que Cristo nació hace 150 años ³⁰. Era, pues, un testigo bastante próximo a la vida de Jesús. Joven

(28) Cfr. *Lagrange*, p. 125 s.

(29) *Forschungen...* I, 112-219. La traducción árabe con otra latina paralela la publicó en Roma el año 1888 A. Ciasca.

E. Ranke publicó en Marburg el 1868 la traducción latina de S. Jerónimo conservada en el Codex Fuldensis del sig. VI. Cfr A. Vaccari, *Instit. Bib.* (1937), p. 252; *Cornely-Merk*, p 199.

(30) *Apol.* I, 46 (PG 6, 397); publicadas por Apostolado Mariano.

todavía, ardiendo en deseos de saber, recorrió las escuelas más célebres del mundo sabio. Trato con los Estoicos, los Peripatéticos, los Pitagóricos. Profesó largo tiempo las doctrinas de los Platónicos hasta que finalmente dió con la sabiduría y la verdad en el cristianismo.

Su conversión debió suceder antes del 135, acaso en Efeso.

Ya cristiano, continuó su peregrinación por el mundo, vestido con su manto de filósofo, ejercitando la palabra y la pluma en defensa de la verdad cristiana, la única filosofía segura y provechosa.

Vivió mucho tiempo en Roma, donde puso una escuela y donde murió mártir de Cristo hacia el 163³¹.

Justino es el principal campeón de la apologética del siglo II.

Impugnó con valentía el paganismo, el judaísmo las herejías.

Por testimonio de Eusebio³², sabemos escribió obras muy diversas, de las cuales a nosotros nos han llegado con todos los caracteres de la autenticidad tres exclusivamente: las *dos Apologías* y los *diálogos con el Judío Trifón*.

¿Conoció S. Justino los cuatro Evangelios canónicos?

Hoy podemos dar una respuesta categóricamente afirmativa, después de los muchos estudios que se han

(31) Murió siendo prefecto de Roma Juno Rústico 163-167.
(Acta S. Justini).

(32) HE 4, 18 (PG 30, 373-378).

hecho sobre las obras del gran filósofo. La Crítica racionalista estaba muy interesada en probarlo contrario y ha tratado por todos los medios de complicar el estudio. Pero aquí, como siempre, la verdad se ha abierto paso por sí sola.

Bastaba una simple inducción para admitir que S. Justino había conocido nuestros Evangelios. Taciano, su discípulo, los conoció y armonizó. ¿Podía ignorarlos el maestro?

Todos los escritores del siglo II, que hasta aquí hemos examinado, nos hablaban con certeza de cuatro Evangelios, obras de apóstoles, recibidos por tales de los antepasados. Y ¿no era Justino una de las fuentes principales?

Pero examinemos nosotros sus obras. El testimonio de S. Justino tiene grande importancia absoluta y relativa. Absoluta, por la antigüedad y autoridad del gran filósofo cristiano. Relativa, porque siendo su testimonio de la primera mitad del siglo II, deshace por completo la teoría de aquellos críticos que creyeron los Evangelios obras del siglo II y sobre todo el Evangelio de S. Juan que hubo, quien lo dató en la segunda mitad de ese siglo.

Si S. Justino, que nace a principios de este siglo, conoce nuestros cuatro Evangelios y los encuentra en pleno uso en la Iglesia, en pleno ejercicio de su autoridad divina, es indudable que los Evangelios son del siglo I.

Más: por la manera como habla S. Justino de ellos veremos que son todos obras relacionadas con los Apóstoles, los testigos inmediatos de la doctrina y hechos del Señor.

La primera conclusión y verdad que se deduce del testimonio de S. Justino es que dos Apóstoles y dos discípulos de los Apóstoles escribieron determinados libros sobre la doctrina y hechos del Salvador. De esto no se puede dudar. Lo repite varias veces en sus obras.

Los Apóstoles escribieron unas *Memorias*³³. Este nombre clásico recuerda las Memorias que Jenofonte escribió sobre Sócrates y que Justino alega también en su segunda Apología³⁴.

San Justino usa este término, en parte, por su formación griega y, en parte, porque se dirige a paganos a los cuales nada decía el nombre de “Evangelios”.

Con todo, ya nota él, varias veces, que dichas Memorias de los Apóstoles sobre Jesús se llaman entre los cristianos Evangelios³⁵.

Estas Memorias o Evangelios son de igual autoridad que los escritos del Antiguo Testamento, pues se leen a su lado en las asambleas litúrgicas de, los Cristianos³⁶.

Aunque dice, que las Memorias sobre Jesús se deben a los Apóstoles y a aquellos que los siguieron, nunca menciona el nombre de nuestros Evangelistas.

Ésto ha dado pie a los Racionalistas para sostener que las Memorias y Evangelios de S. Justino no son los nuestros, sino otros más antiguos apostólicos

(33) Apol, I, 66, 67; Dial. 100, 102, 103 (dos veces), 104, 105 (tres veces), 107 (PG 6) Cfr. J 143, 129.

(34) Apol. II, 10, 11 (PG 6, 462).

(35) Apol. I, 66; Dial. 10, 100 (PG 6)

(36) Apol, I, 67 (PG 6, 429; J 129).

ciertamente, pero de los cuales derivarían los nuestros canónicos.

Nada más inconciliable con el examen sereno de los textos de S. Justino.

Las Memorias de los Apóstoles son ciertamente nuestros cuatro Evangelios.

Notemos primeramente un hecho de carácter general.

San Justino tiene en sus obras muchas citas de nuestros cuatro Evangelios. Por esto se han podido escribir obras como las que ponemos en nota ³⁷, donde se reunen y estudian los textos evangélicos que cita S. Justino.

Por esto concluye Lagrange ³⁸: S. Justino cita mucho a Mt., bastante a Lc., mucho más a S. Juan, raro a Mc... No se puede dudar que sus Memorias son nuestros cuatro Evangelios.

Es interesante el cuadro sinóptico que ofrece Fonseca ³⁹ con solas las citas del Evangelio de San Juan.

Hay 15 textos del capítulo I; 4 del III; 3 del IV; y así sucesivamente recorriendo todos los capítulos con excepción del XI y XVII.

En suma, que, aunque se nos hubiera perdido el Evangelios de S. Juan podríamos reconstruirlo en parte

(37) *W. Bousset*, Die Evangelienzitate Justins des Märtyrers, Göttingen, 1891.

(38) *A. L. Feder*, Justins des Märtyrers Lehre von Jesus Christus, Freiburg, 1906.

(39) P. 19-22.

(39) *Quaestio Ioannea*, Roma 1934, p. 64 (apuntes privados para los alumnos del P.I.B.)

con los textos que nos ha conservado S. Justino en sus obras. Esto es muy significativo. Prueba la grande estima que hacía este viejo filósofo cristiano del IV Evangelio, prueba lo asimilado que estaba el Evangelio de S. Juan ya en la primera mitad del siglo II, prueba, por tanto, que se tenía realmente por una obra apostólica y que había sido escrita en el siglo I. No nombra al autor, pero ¿qué falta hace para reconocerlo, si su texto coincide exactamente con el que nosotros tenemos hoy? Si el retrato que ha dibujado Justino del IV Evangelio es el mismo que nosotros tenemos, ¿podremos dudar de la identidad porque no lleve el título debajo?

Concretemos ahora más las citas que tiene de nuestros cuatro Evangelios.

Después de los estudios de Wescott y de Zahn hoy nadie duda que conoció el Evangelio de S. Mateo, así como el de S. Juan ⁴⁰.

El Evangelio de S. Mateo lo cita textualmente con frecuencia ⁴¹.

Cita incluso perícopas enteras de S. Mateo, sobre todo en lo que se refiere a la infancia del Señor, cuyos episodios nos refiere en su mayoría conforme están en el Evangelio de S. Mateo ⁴².

(40) Westcott, B. E., *A general survey of the History of the Canons of the N. T.*, Cambridge and London 1881, p. 167 s.

Th. Zahn, *Gesch. des ntl. Canons* vol. 2, Erlangen und Leipzig 1888, 1892. (I. p. 533).

(41) *Apol I*, 15 (PG 6, 349-352); *Dial. 105.* (PG 6, 721-722) cita textualmente Mt. 5, 20; *Dial. 107*, Mt. 12, 39; *Dial. 49*, Mt. 17, 13; *Dial. 108* narra la calumnia del robo del cuerpo del Señor según Mt. 28, 13.

(42) *Dial. 100, 120* *Apol. I*, 33 (PG 6).

Respecto a San Juan, todos los autores notan la dependencia no sólo lógica sino aun literal que tiene S. Justino en su concepción y exposición sobre el Verbo. Es el punto central de su teología. ¿Debemos preguntar a Justino de dónde ha tomado su concepción sobre el Verbo? Nos lo ha dicho él mismo, se lo ha dicho a los emperadores y al judío Trifón. Si él cree en el Verbo encarnado, se debe a la autoridad de la tradición y de las Memorias de los Apóstoles. Y esto equivale a remitirnos al Evangelio de S. Juan ⁴³.

Del Evangelio de S. Lucas tampoco hay motivo para dudar. Lo transcribe literalmente muchas veces y aun perícopes enteras. Las palabras de Institución de la Eucaristía las copia tal y como se leen en S. Lucas y diciendo que se encuentran en los Comentarios de los Apóstoles, escritos por ellos. El sudor de sangre en el Huerto nos lo cuenta como se halla en S. Lucas, advirtiendo que lo sabe no por una tradición oral, sino por la lectura de los escritos apostólicos. Por la misma fuente sabe que Jesús antes de morir confió su espíritu en las manos del Padre. Finalmente, la Anunciación del Ángel a la Virgen, que sólo se lee en S. Lucas; nos la cuenta con las mismas palabras del III Evangelio ⁴⁴.

Del Evangelio de S. Marcos cita menos S Justino. Es también el más breve y el menos original. Sin embargo podemos asegurar que lo conoció y lo incluyó

(43) *Lagrange, St. Justin*, París, 1914, 1914, p. 161. Para diversas citas del Evangelio de S. Juan cfs. Dial. 105; Apol. I, 61.

(44) Apol. I. 66; Dial. 103. 105. 100 (PG 6).

entre los Comentarios de los Apóstoles. Tiene citas de los pocos textos que son propios y exclusivos del II Evangelio e incluso los da como pertenecientes a S. Pedro, que es precisamente la característica más gloriosa y peculiar del Evangelio de S. Marcos.

El nombre que Jesús dió de hijos del trueno a los dos Zebedeos nos lo cuenta únicamente S. Marcos y Justino dice que lo leyó en los Comentarios de los Apóstoles ⁴⁵.

Hechos y datos que prueban claramente que las Memorias apostólicas, escritas por los Apóstoles, son nuestros cuatro Evangelios canónicos.

Los Apóstoles *escribieron*, nosotros *leemos* en sus memorias cosas que están precisamente en los cuatro Evangelios canónicos.

Los argumentos en pro de esta tesis, que damos como cierta en pura crítica literaria, se pueden sintéticamente concretar en cinco.

1.º Todo lo que S. Justino refiere de la vida del Señor como escrito por los Apóstoles o leído en sus Memorias, está ciertamente en nuestros Evangelios.

2.º A nuestros cuatro Evangelios les cuadra la descripción y presentación que hace de las Memorias de los Apóstoles. Forman un todo, son un único Evangelio. Cuadriforme, en frase de Ireneo. Por esto Justino habla de las Memorias como de un todo único, de un cuerpo, apostólico.

(45) Dial. 106 donde cita Mc. 3. 17. Dial. 100 el cambio del nombre de Simón en Pedro.

Nuestros Evangelios son escritos de Apóstoles y de discípulos de los Apóstoles, cosa que Justino especifica también, cuando insiste menos en la unidad de las Memorias.

La autoridad que tienen nuestros Evangelios les viene por ser precisamente obras apostólicas. Así lo ha sentido siempre la Iglesia y la tradición.

3.º Taciano, discípulo de S. Justino, muerto el maestro, deja la Iglesia católica e incorpora en su Concordia nuestros cuatro Evangelios.

4.º San Justino vive y muere en Roma. Ahora bien, esta Iglesia nunca reconoció como apostólicas otras obras que los cuatro Evangelios llamados canónicos.

El fragmento de Muratori, de fines del siglo II, poco después de la muerte del gran filósofo, solamente reconoce como Memorias de los Apóstoles nuestros cuatro Evangelios, dándonos con toda claridad el nombre de sus autores y su origen apostólico. Si en tiempo de S. Justino, las Memorias de los Apóstoles eran otras, como ha pretendido Ciencia racionalista, ¿cómo en el *mismo* siglo, en la *misma* Iglesia, tan amante de la tradición, entran con la *misma* autoridad apostólica otras obras pseudoapóstólicas?

5.º Si las Memorias escritas por los Apóstoles se leían en la primera mitad del siglo II en las reuniones litúrgicas de los cristianos, como afirma S. Justino, ¿cómo estas Memorias auténticas ya no se leen en la segunda mitad del mismo siglo, sino que han sido sustituidas por otras con carácter también y autoridad apostólica, pero falsamente apostólicas, obras no

de Apóstoles ni de discípulos inmediatos de ellos, sino de autores anónimos y desconocidos?

Todo esto es un callejón sin salida, en crítica histórica y literaria, donde nos ha metido la Ciencia independiente. No hay más explicación razonable que decir que las Memorias escritas por los Apóstoles son ni más ni menos los cuatro Evangelios canónicos que hoy posee y custodia la Iglesia de Roma, la misma Iglesia que regó Justino con su sangre de mártir de Cristo.

LECCIÓN IV

La genuinidad de los Evangelios en los escritos apostólicos

Con el testimonio cierto y claro de San Justino hemos casi empalmado con el siglo I. La cadena de la tradición en favor de la autenticidad de nuestros Evangelios la hemos llevado casi hasta la época misma apostólica: desde el siglo IV hemos ido bajando o retrocediendo hasta los comienzos mismos del siglo II. Una serie ininterrumpida de documentos que claramente nos hablan de los cuatro Evangelistas, que aceptan la apostolicidad de los Evangelios, que los utilizan como fuentes de agua cristalina donde beben la doctrina pura de Cristo y de sus Apóstoles.

Documentos todos ellos, aun los más antiguos, como los de S. Justino, que dependen literariamente de nuestros Evangelios. Posteriores, por tanto, en el tiempo y subordinados en el pensamiento.

¿Podemos empalmar esa cadena de testimonios con la palabra autorizada de algún Apóstol, de aquellos que convivieron con Jesús, palparon y oyeron sus palabras de vida eterna, fueron escogidos para testigos del Hombre-Dios en la tierra?

Este es el fin de la presente lección. Añadir o descubrir un eslabón más a la cadena de testimonios en pro de los Evangelios, un eslabón más que empalme con el último de los Apóstoles.

Para ello vamos a examinar los documentos más primitivos del cristianismo, cuyos autores se llaman Padres Apostólicos, porque estuvieron en relación con alguno de los doce Apóstoles. Estos escritos se remontan a los comienzos del siglo II o a los últimos años del siglo I.

1. Papías de Hierápolis

Este nombre se ha hecho célebre sólo por su relación con la genuinidad de los Evangelios. Obispo en los principios del siglo II, en Hierápolis, ciudad del Asia Menor. Estos son los únicos datos que conocemos de su vida.

De sus obras no nos han llegado sino fragmentos escasos conservados por Eusebio.

Sin embargo, es un nombre ilustre en la Crítica de los Evangelios, un nombre que ha apasionado fuertemente los ánimos y sobre el cual no cesan de escribirse artículos y monografías. ¿Cómo se explica que unos fragmentos breves y sencillos y un autor del que apenas tenemos datos biográficos hayan despertado tanto interés?

Papías es ante todo de una antigüedad indiscutible.

San Ireneo, escribiendo en la segunda mitad del siglo II, lo llama “*hombre antiguo, discípulo de Juan compañero de Policarpo*”¹.

(1) Adv. haer. 5, 33, 4 (PG 7, 1214; 261).

Lo mismo afirma Eusebio en su Crónica (PG 19,552).

Papías fué de una curiosidad suma en todo lo que se refería a la doctrina de los Apóstoles. No se contentó con los dichos y sentencias de S. Juan, quiso recoger todos los dichos de los demás Apóstoles.

De aquí su interés en saber la mente de los testigos del Señor; de aquí el distinguir entre los dichos y amplificaciones de los que hablaban mucho y la verdad escueta y desnuda.

Papías es el testimonio *explícito* mas antiguo en favor del Evangelio de S. Mateo y de S. Marcos. Escribe entre los años 125 y 130.

Nada, pues, de extraño, que sus breves palabras hayan alcanzado en la historia de los Evangelios una importancia grande.

Todo lo que hemos afirmado hasta ahora sobre Papías se deduce claramente de sus palabras, que voy a poner aquí en castellano, traduciéndolas directamente del griego. Despues examinaremos el testimonio y sacaremos las consecuencias.

El testimonio de Papías nos lo ha conservado Eusebio en su Historia Eclesiástica y él es quien habla en las palabras que transcribimos a continuación:

“De Papías se dice que escribió cinco libros: “*Exclamaciones de los oráculos del Señor*”. De estos cinco es de los que únicamente hace mención Ireneo por estas palabras: “En el IV libro de su obra da testimonio de esto mismo Papías, oyente de Juan, compañero de Policarpo, hombre antiguo. Pues hay cinco libros escritos por él.

Así dice. Ireneo. Estas son las palabras de Papías:

“No tendré inconveniente en mezclar con mis explicaciones lo que un tiempo aprendí de los Presbíteros y conservo en la memoria, confirmando así: la verdad con el testimonio de ellos.

Yo no seguí nunca, como suelen los más, a los que abundaban en palabras, sino a los que enseñan la verdad, ni a los que recuerdan mandamientos ajenos, sino los que recuerdan los mandamientos de la fe recibidos del mismo Señor y salidos de la fuente misma de la verdad.

Siempre que tenía ocasión de tratar con alguno que hubiese conversado con los Presbíteros, le preguntaba con interés por los dichos de los Presbíteros: “Qué solían decir Andrés y Pedro; qué Felipe y Tomás y Santiago; qué Juan y Mateo o cualquier otro de los discípulos del Señor. Por fin lo que dicen Aristión y Juan el Presbítero, discípulo del Señor.

No creía yo que me pudiesen aprovechar tanto los libros, cuanto la voz viva y perenne.”

En las cuales palabras (observa ahora Eusebio) se ha de notar cómo menciona dos veces a Juan. Primero una con Pedro, Santiago, Mateo y los demás *Apóstoles*. Indicando claramente que trata aquí de Juan el Evangelista. Después cambia de tiempo el verbo, pone a Juan fuera del número de los Apóstoles, lo une a cierto Aristión y lo llama expresamente Presbítero.

Con esto parece confirmarse la sentencia de aquellos que dijeron hubo dos del mismo nombre en Asia, llamados Juan, y cuyo sepulcro se conserva hasta hoy en Efeso. Y he creído necesario advertir esto, pues es probable que el Apocalipsis que se atribuye a Juan,

fuese escrito, si no por el primero, sí por el segundo.

Y Papías, de quien ahora tratamos, confiesa haber sabido *los dichos de los Apóstoles* por los que trataron con ellos. De Aristión y de Juan el Presbítero dice expresamente que fué discípulo.

Entre las muchas cosas que refiere como oídas a Aristión y a Juan el Presbítero quiero añadir lo que dice sobre Marcos Evangelista:

“Decía también el Presbítero: Marcos, intérprete de Pedro, escribió con diligencia cuanto recordaba. Pero no con el orden con que fueron dichos y hechos por el Señor. El no había oído al Señor ni le había seguido; sino que más tarde, como dije, estuvo con Pedro, quien predicaba el evangelio según las exigencias de los oyentes, sin propósito de referir con orden los dichos y hechos del Señor.

Marcos no erró en el reproducir algunas cosas como las recordaba. Su plan fué no omitir nada de lo que había oído y menos falsearlo.”

Esto es lo que cuenta Papías sobre Marcos. Acerca de Mateo dice esto: “*Mateo escribió en dialecto hebreo los oráculos del Señor y cada uno los tradujo (al griego) como pudo*”².

Este es el texto de Papías, tal y como nos lo ha conservado Eusebio, con algunas acotaciones del mismo Eusebio.

Si nosotros no poseyésemos hoy nada más que el texto escueto de Papías, sin ningún comentario y, sobre todo, sin ninguno de los artículos, folletos y libros

(2) *Euseb. HE 3, 38, 1-8 (PG 20 296-300); J 94/95. Más completo K 45-49.*

a que han dado ocasión los cortos fragmentos de Papías, hoy nos serían más claros. Por desgracia, la multitud de opiniones y explicaciones que se han dado, muchas llenas de fuertes cargas afectivas, han enmarañado mucho el camino para la clara inteligencia.

Fué el primero en dificultar el camino el mismo Eusebio, guiado de un prejuicio y opinión falsa sobre el Apocalipsis de S. Juan.

Enemigo de los Milenaristas, trató Eusebio con pasión a Papías, porque habla en algunos pasajes como Milenarista. Esto le llevó hasta el exceso de decir que Papías fué hombre de poco talento. Los fragmentos que ha conservado Eusebio revelan más bien lo contrario.

Lo peregrino de Eusebio en este punto fué el empeño en disminuir la autoridad apostólica del Apocalipsis, porque en él se apoyaban los partidarios del Milenarismo.

La tradición daba el Apocalipsis como obra de Juan. Esto lo tenía que conservar Eusebio. Encontró una salida en Dionisio de Alejandría que creyó en la existencia de dos Juanes en la primitiva Iglesia. Y una confirmación la encontró en el texto de Papías, que menciona dos veces a Juan.

El autor, pues, del Apocalipsis sería no Juan el Apóstol, sino Juan el Presbítero y mero discípulo del Señor. El deseo, pues, de encontrar un Juan autorizado, pero no Apóstol, le inclinó a ver en el texto de Papías la existencia de dos Juanes. No lo da Eusebio como cierto, pero se inclina a ello.

Con todo, por lo que se refiere al Evangelio, tenemos muy bien que Eusebio lo atribuye a S. Juan Apóstol.

tol, mientras el Apocalipsis se inclina a creer que podía ser obra de otro Juan Presbítero.

Los Críticos racionalistas han resucitado la duda de Eusebio o sospecha sobre la existencia de dos Juanes antiguos, pero con otra intención y fin. El de quitar la paternidad del Evangelio a S. Juan Evangelista.

Se apoyan en Eusebio para sostener que Papías habla de dos Juanes ; lo que Eusebio suelta como una especie o sospecha ellos lo convierten en cierto, y no siguen a Eusebio cuando dice que el autor del IV Evangelio, no fué el segundo Juan, Juan el Presbítero, sino Juan el Apóstol.

Esto no es sinceridad científica.

Con la distinción de los dos Juanes se trata también de restar fuerza al testimonio de Papías. Se quiere probar, contra el testimonio explícito de San Ireneo, que Papías no trató con S. Juan Apóstol, sino que fué solamente discípulo de otro presbítero llamado también Juan y que para muchos no sería discípulo del Señor, contra las palabras explícitas del testimonio de Eusebio.

Esta cuestión de la existencia de dos Juanes ha hecho mella en algunos católicos, sobre todo franceses, sin duda por el nombre y ascendiente grande del P. Lagrange, abierto partidario de los dos Juanes en su introducción al Cuarto Evangelio.

Por esto, vamos nosotros, al examinar el testimonio de Papías, a distinguir lo cierto de lo disputable, lo común a todos los católicos, de lo que se disputa en nuestras Escuelas; lo esencial, de lo accidental.

En el texto que hemos transscrito de Papías se deben distinguir dos puntos diferentes:

1.º *El testimonio mismo de Papías en favor de los dos primeros Evangelios.*

2.º *La autoridad del testimonio de Papías.*

Por lo que se refiere al testimonio que da en favor de nuestros dos primeros Evangelios, no hay discrepancia ninguna en el campo católico.

Es la cuestión fundamental. ¿Conoció Papías nuestros dos primeros Evangelios? Cuando habla del escrito de Mateo y Marcos, ¿se refiere a nuestros dos primeros Evangelios canónicos? *Esto es esencial en el testimonio.*

Y, por fortuna, en este punto no hay diversidad de parecer entre los católicos. Todos están de acuerdo en que las obras de Mateo y Marcos a que alude Papías son precisamente los dos primeros Evangelios canónicos.

La Crítica racionalista se ha esforzado en probar que Papías habla de escritos que precedieron y prepararon los dos primeros Evangelios canónicos. Las razones que alegan bien pobres son.

Tienen en contra toda la tradición antigua. Ireneo y Eusebio que leyeron la obra de Papías, dan por supuesto que habla de los dos Evangelios canónicos. En todo el resto de la tradición cristiana no hay vestigio de una obra escrita por S. Mateo y S. Marcos que no coincida con los dos Evangelios canónicos. Es preciso llegar al siglo XIX para oír esta sentencia. Y, si algunos estaban capacitados para saber de qué Evangelio habló Papías, eran indudablemente los que tuvieron en sus manos el libro original de Papías.

¿Qué razón aducen los Críticos racionalistas en favor de una doctrina e interpretación totalmente nueva y opuesta al común sentir de la historia y de la tradición?

Una sola, de orden intrínseco o filológico.

Papías; cuando habla de la obra de S. Mateo, usa la palabra “*Loguia*”.

Ahora bien, esta palabra se refiere a discursos, dichos, más bien que a hechos; luego en la obra auténtica de S. Mateo no había sino discursos, sentencias del Señor, y no milagros, hechos, como hay en nuestro primer Evangelio. Este es el raciocinio de la Crítica independiente.

El 1832 F. Schleiermacher³ fué el primero que soltó esta especie, pero hoy día hay incluso muchos acatólicos que no la sostienen⁴. Y es que no tiene consistencia crítica.

La palabra “*Loguia*” en el mismo pasaje de Papías tiene evidentemente el sentido universal de dichos-hechos. Hablando del segundo Evangelio dice Papías que Marcos escribió la predicación de Pedro, quien no quiso hacer una historia de las “*loguia*” del Señor. ¿Cuáles son estas “*loguia*”? Lo dice inmediatamente después, cuando explica que “por esta razón Marcos no escribió con estricto orden los *dichos y hechos* del Señor”.

(3) Ueber die Zeugnisse des Papias von unseren beiden ersten Evangelien, Leipzig, 1832, p. 735-768.

(4) Como A. Resch, B. Weiss, E. Schwartz, F. Barth, Jülicher-Fascher, R.B. Henderson, M. Mueller.

Por tanto, si el término “*loguia*”, cuando habla del segundo Evangelio significa toda la obra de San Marcos, toda la predicación de S. Pedro, dichos y hechos, ¿por qué darle un sentido restrictivo, de solas palabras y sentencias, cuando habla de la obra de S. Mateo?

El título general de la obra de Papías era, según vimos antes por Eusebio, citando las palabras de Ireneo. “Explanaciones de los oráculos (*loguion*) del Señor”.

Por los fragmentos que nos quedan de la obra, se ve claro que abarcaba la explicación de los dichos y *hechos* del Señor. Entre otros hechos cuenta el episodio de la mujer adúltera.

Este uso amplio del “*loguia*” se halla ya en la traducción griega de los LXX, en Josefo Flavio, en Filón, en S. Lucas y en S. Pablo⁵.

La traducción siríaca de la Historia de Eusebio traduce sencillamente la palabra “*loguia*” por “Evangelio”⁶.

Eusebio mismo llama “*loguion*” una perícopa entera del libro de los Hechos, donde se cuenta la liberación de S. Pedro⁷.

Es, pues, evidente que Papías da testimonio en favor del Evangelio canónico de S. Mateo. Contra el testimonio en favor del Evangelio de S. Marcos no suelen los adversarios traer razones.

(5) Act. 7, 38; Rom. 3, 2. Cfr. *Donovan J.*, The Logia in ancient and recent literature, Cambridge, 1924. El mismo autor, Note on the Eusebian use of «*Logia*», B7 (1920) 301-310.

(6) *Th. Zahn*, II, p. 271.

(7) Act: 12, 12-23; Euseb. HE 2, 10 1 (PG 20, 159).

Si miramos a la tradición que interpretó siempre las palabras de Papías de nuestros dos Evangelios canónicos, al texto mismo de Papías y a la inconsistencia de la explicación adversaria, podemos afirmar, con certeza científica, que Papías conoció a principios del siglo II nuestros dos primeros Evangelios.

“Este testimonio, dice Cornely-Merk (p. 634), es de una autoridad suma e irrefragable en sí sólo considerado. El sólo basta para dar una certeza histórica absoluta.”

Autoridad del testimonio de Papías: Todos, católicos y acatólicos, se la conceden. En los acatólicos hasta ver el interés que han mostrado en probar que Papías no trataba de los Evangelios canónicos

Papías; en cualquier hipótesis, se une con la generación última del siglo I. Papías se interesa por saber la doctrina de los Apóstoles y sus discípulos. Papías trata con dos discípulos del Señor: Aristión y Juan el Presbítero. El testimonio en favor del Evangelio de Marcos lo pone en labios del “Presbítero”.

Esto es cierto, y admitido en cualquier interpretación que se pueda dar al texto. Es la autoridad que a nosotros nos basta para unir nuestra cadena de testimonios en favor de los Evangelios con aquellos que vieron y oyeron al Señor.

Las dos cuestiones que dividen, a los autores sobre Papías, la existencia de los dos Juanes y el sentido que se haya de dar a la palabra “Presbítero”, es de relativa importancia en el testimonio.

Sube la autoridad del testimonio, si no hay sino un Juan, el Apóstol; si los Presbíteros son únicamente

los Apóstoles. Pero en caso contrario la autoridad fundamental queda en pie. :

1.^a *cuestión disputable: Los “Presbíteros”* (en plural) *son a nuestro juicio los Apóstoles.* El examen intrínseco del texto así lo exige.

El inciso “qué solía decir Andrés y Pedro...” no es sino explicación de la frase inmediatamente anterior. Por tanto los “Presbíteros”, son Andrés y Pedro los Apóstoles.

Así lo entendió, ya en el año 350 la vieja traducción siríaca que tradujo de esta manera: investigaba las sentencias de los Presbíteros, de Andrés, de Pedro...⁸. Igualmente Rufino, hacia el año 400, en vez de Presbíteros, puso sencillamente “Apóstoles”⁹. Y esto fué lo que hizo también Eusebio, interpretando el texto de Papías: “Papías nos refiere los dichos de los Apóstoles oídos a aquellos que los siguieron”¹⁰.

La frase “discípulo del Señor” que se aplica a Aristión y a Juan “El Presbítero” pone evidentemente a estos dos personajes en la categoría de discípulos inmediatos del Señor. Esta es la interpretación obvia. Por esto Gaechter, que admite como posible que “presbíteros” en plural no se refiere a los Apóstoles, sostiene que aquí “presbítero” (en singular) se refiere a S. Juan Apóstol¹¹. Otros o quitan este final¹² o lo cam-

(8) *Th. Zahn*, II, p. 221/22.

(9) *Rufinus*, *translatio latina HE*, 3, 39, 4 (PG 5, 1255/6), E. S. E. Schwazrtz-T Mommse, *Eusebius*.

(10) *HE* 3, 39, 7 (PG 20, 296-300). *Werke*, 2, 1 (Leipzig, 1903. 287).

(11) P. 59-60.

(12) *Lagrange*, *Evang. selon St. Jean*, París, 1927, XXXIII.